

ejemplos; pero ¿no tuvimos nosotros los mismos, y fuera de esos los suyos? Nos quejaremos de que nos faltaron auxilios, medios y gracias; pero ¿qué responderemos cuando se nos haga ver, y aun se nos haga confesar que tuvimos mas gracias, mas medios y mas auxilios que los que confunden nuestra cobardía? ¡Cosa extraña! Admiranse las virtudes de los santos; alábase su fidelidad á la gracia; ensálzase sus méritos, su valor; envidiase su dicha; mas por lo que toca á sus ejemplos, esos se dejan á que los imiten otros santos.

No permitais, Señor, que pase mas adelante mi indiferencia por mi eterna salvacion. ¡Oh, y cuánto tengo de qué acusarme en este punto, y cuánto teneis vos de que reconvenirme! Pero, Dios mio, estos grandes ejemplos que me proponéis ya no serán inútiles para mí, y espero me daréis gracia para imitarlos.

#### JACULATORIAS.

*Bonum amulamini in bono semper.* Gal. 4.

Emulemos santamente lo bueno para practicar siempre lo que lo es.

*Ne amuleris viros malos, nec desideres esse cum eis.* Prov. 24.

Guárdate de seguir el ejemplo de los malos, y de de-  
sear su pernicioso compañía.

#### PROPOSITOS.

1. Persuadido ya del poder del buen ejemplo, de la obligacion que tienes de seguirle, no menos que la que tambien te incumbe de darle, toma desde este mismo punto una fuerte resolucion de cumplir exactamente con uno y otro deber. Aprovechate de los buenos

ejemplos que tienes delante de los ojos, y procura dárselos tú mismo á otros. Débeslos en primer lugar á tu familia, á tus sirvientes, á tus súbditos, á tus dependientes y á todos aquellos que tratas con frecuencia. Tambien el público tiene derecho á este socorro de edificacion; aunque seas el hombre mas desconocido, el mas solitario del mundo, siempre debes este buen ejemplo á tus hermanos. Pero, ¿y se le das á todos aquellos con quienes vives? En vano exhortas, aconsejas y predicas; tus obras son mas persuasivas que tus palabras. Examina si tu porte edifica á los que te tratan, y corrige desde luego todo lo que puede des-  
edificarlos.

2. ¿Te faltan talentos y medios para procurar la gloria de Dios y la salvacion de las almas? Pues consuélate con que en tu vida ajustada y ejemplar tendrás el talento mas precioso y el medio mas eficaz para convertirlas. Un superior, cuya vida es la regla animada, un noble, un ilustre caballero de costumbres irreprehensibles, un padre, una madre de familias verdaderamente cristianos, una señora principal sumamente ajustada y ejemplar; ¡oh, y con qué eficacia persuaden á la virtud! ¡oh, y cuánto bien hacen en las almas cada uno en su estado y por su camino! Sé tu de este número.

## DIA NUEVE.

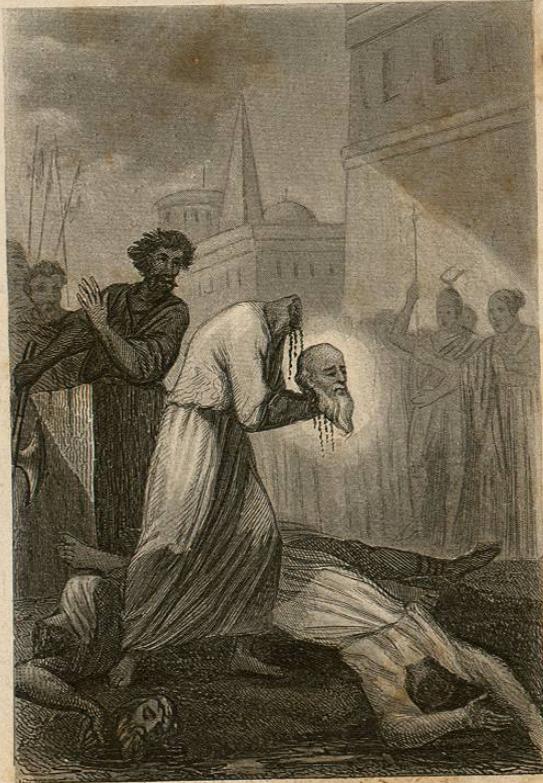
## SAN DIONISIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Fué san Dionisio de una de las mas nobles familias de la ciudad de Atenas, nació ocho ó nueve años despues del nacimiento del Salvador, y le criaron cuidadosamente sus padres, tanto en las ciencias como en las supersticiones del gentilismo. Estudió en la misma célebre ciudad, adonde concurrían de todas partes los mayores ingenios por ser la mas famosa universidad de toda la Grecia. Florecían en ella todas las ciencias y artes liberales, pero sobre todo la filosofía y la astronomía: en ambas se adelantó mucho Dionisio; y para perfeccionarse en las matemáticas, hizo un viaje á Heliópolis. Estando en esta ciudad, observó aquel milagroso eclipse de sol que sucedió en la muerte del Salvador, puntualmente en el mismo plenilunio. No ignoraba Dionisio que, no mediando algun cuerpo sólido entre la tierra y el sol, como no era posible que mediase estando llena la luna, necesariamente había de ser sobrenatural aquel eclipse; y en virtud de eso, asombrado de aquel raro fenómeno, exclamó: *O el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina de este mundo perece.*

Vuelto á Atenas, se señaló mucho en aquella universidad por su sabiduría, por su elocuencia y por su ingenio sobresaliente; tanto, que, sin reparar en sus pocos años, le honraron con los primeros empleos, y en breve tiempo se vió elevado á la dignidad de uno de los primeros jueces del Areopago, que era el tribunal mas respetable de toda la Grecia. Celebra la historia

T. 10.

P. 200.



S. DIONISIO

Y COMPAÑEROS, MRS.

en mil partes la integridad de los que le componian; y hasta los mismos Romanos, en medio de su vanidad, remitian á él muchas causas ambiguas, honrándose mucho de ser admitidos en el número de los areopagitas. Hallábase aquel agosto y famoso tribunal en su mayor esplendor cuando entró san Pablo en Atenas, siendo á la sazón la ciudad mas célebre del mundo por las ciencias que se enseñaban en ella, y por el cencurso de estudiantes y de maestros que acudian á su universidad de todas las provincias adonde se extendia la jurisdiccion del imperio romano. Era, por decirlo así, como la academia universal de todas las artes y de todos los descubrimientos del ingenio; por lo que no podia el apóstol escoger teatro mas oportuno para anunciar el Evangelio, ni lugar donde estuviere mas viva la curiosidad de aprender cosas nuevas en materia de religion. Luego que el santo apóstol se hizo cargo del lastimoso estado en que se hallaba la ciudad, se sintió interiormente conmovido y penetrado su corazon de la mas viva compasion á vista de un pueblo tan idólatra y tan ciego. Comenzó á predicar, segun su costumbre, primero á los judios en sus particulares sinagogas; y saliendo despues á las calles y á las plazas públicas, anunciaba el Evangelio á todo género de gentes. Cuando le oyeron hablar de la unidad de Dios, de su inmensidad y de su omnipotencia, pasando despues á los misterios de la Encarnacion del Verbo y de su Resurreccion, hizo tanto eco en los ánimos de sus oyentes aquella nueva doctrina, que le delataron al tribunal del Areopago. Compareció en él san Pablo, y dió razon de su religion, demostrando tan visiblemente su verdad, su santidad y su excelencia, que todos los jueces quedaron admirados, aunque no todos quedaron convertidos. Rindiéronse pocos á la fuerza de la verdad, y entre estos pocos fué uno Dionisio Areopagita. Las conferencias privadas que

tuvo con el apóstol le abrieron en fin los ojos; y detestando las supersticiones del gentilismo, abandonó sus bienes, y renunció sus empleos por seguir á Jesucristo, quedando gustosamente sorprendido cuando entendió que aquel milagroso eclipse, que tanto le habia asombrado, habia puntualmente sucedido en la muerte del mismo Salvador.

Instruido ya perfectamente en los misterios y en la doctrina de la religion, fué bautizado por san Pablo, y admitido en el número de aquellos discipulos que se distinguian mas en su cariño. Comunicóle particularmente á él aquellas luces sobrenaturales, aquellos divinos secretos que el apóstol habia aprendido en la misma fuente cuando fué arrebatado hasta el tercer cielo; y con este descubrimiento sacó en Dionisio uno de los mas iluminados y de los mas hábiles maestros de la vida mistica. Créese comunmente que san Dionisio acompañó á san Pablo en todos los viajes que hizo aquellos tres primeros años; y que, despues creciendo cada dia el número de los fieles, el mismo apóstol le consagró por obispo de Atenas.

Formado en tal taller, y siendo obra de un artifice tan diestro, ya se deja discurrir cuál sería su conducta, cuánto su zelo y cuánta su virtud en el ministerio episcopal. Ningun obispo fué mas semejante á los primeros apóstoles. Su vida era una viva imágen de la de estos; la misma inocencia, la misma austeridad y el mismo fervor. Iluminado por el mismo Dios aquel entendimiento naturalmente sublime, elevado y perspicaz, fué Dionisio uno de los mayores doctores y de los mas sabios maestros de la vida espiritual. En su admirable libro *de la gerarquia eclesiástica*; en el *de los nombres divinos*, y en sus epistolas á san Tito, á san Timoteo y á san Policarpo, se hace visible su íntima comunicacion con Dios, aquel eminente don de contemplacion que poseia, y su sabiduria verdadera-

mente divina y celestial. Su conducta era en todo correspondiente á sus soberanas luces; y en el gobierno de la iglesia de Atenas se hacia palpable á todos que le dirigia el espíritu de Dios. No cabia caridad mas general ni mas ardiente, ni zelo mas generoso ni mas universal, ni amor de Jesucristo mas puro, mas abrasado ni mas tierno. Pero sobre todo, desde el mismo punto de su conversion fué profundísima la veneracion que profesó siempre á la Madre de Dios, asegurando él mismo que el majestuoso aire y la divina modestia de la santísima Virgen estaban diciendo á todos quién era aquella Señora; haciéndole esto tanta impresion, que acostumbraba á decir que, á no saber por la fe que no podia haber mas que un solo Dios, nunca podria creer que la Virgen no fuese mas que humana criatura.

Tambien nos certifica él mismo en el libro *de los nombres divinos* que logró el consuelo de hallarse presente en Jerusalem á la muerte de la Madre de Dios, y de ser testigo ocular de todas las maravillas que sucedieron en ella; queriendo la santísima Virgen dispensar este favor á su zeloso siervo Dionisio, que toda la vida conservó el mas tierno amor y la devocion mas extraordinaria á la soberana Reina.

Restituido á la ciudad de Atenas, se aplicó con mayor zelo que nunca al cultivo de aquella nueva viña del Señor, que á esfuerzos de su trabajo en breve tiempo fué una de las mas floridas porciones de la Iglesia. Igualaba al fervor de los cristianos de Jerusalem el de los nuevos fieles de Atenas; correspondia la docilidad de la grey á los desvelos del pastor, y muy en breve triunfó la fe de Jesucristo en aquella capital de la Grecia.

Levantósele por este tiempo su destierro á san Juan evangelista, que le estaba padeciendo por la fe en la isla de Patmos, y restituyéndose á su iglesia de Éfeso,

inmediatamente le fué á visitar nuestro san Dionisio. Tiénese por cierto que, durante su mansion en Éfeso, y en las conversaciones particulares que tuvo con el amado evangelista le dió el Señor a entender la necesidad que tenian de operarios apostólicos las provincias mas extendidas de la Europa, y que le inspiró el pensamiento de irse á ofrecer al papa san Clemente para esta mision; y como la iglesia de Atenas cada dia se iba haciendo mas numerosa y mas florida, él mismo escogió por sucesor suyo á san Publio, á quien san Pablo habia convertido; y despues que el mismo Publio le informó del estado de aquella iglesia, en la cual habia trabajado con abundante fruto por largo tiempo, hecha dimision del obispado, le consagró obispo de Atenas, y Dionisio tomó el camino de Roma, acompañado del presbítero Rústico y del diacono Eleuterio, ambos fieles compañeros suyos en todos sus viajes y apostólicos trabajos. Fué recibido nuestro santo del papa san Clemente con aquella caridad que une tan estrechamente el corazon de los hombres apostólicos; y habiéndole declarado sus intentos, le suplicó que le señalase el lugar de su mision. Alumbado y encendido el santo papa con el mismo espíritu, y animado del propio zelo, le envió á las Galias, donde parecia que dominaba el gentilismo con mayor imperio á favor de la crasa ignorancia en que vivian como anochecidos aquellos pueblos.

Partió inmediatamente san Dionisio con san Rieul, san Marcelo, por sobrenombre Eugenio, y algunos otros operarios que le dió el sumo pontífice para que todos trabajasen en aquella inculta viña.

Noticioso san Rieul, discípulo de san Juan evangelista, que san Dionisio habia partido á Roma para ir á predicar el Evangelio á los gentiles en las Galias, le vino á buscar, y se le ofreció por compañero en aquella expedicion: lo mismo hicieron san Luciano y san

Eugenio con otros excelentes operarios; y toda esta tropa de hombres apostólicos salió de Roma para ir á llevar la luz de la fe al otro lado de los Alpes. Es antigua tradicion de todas las iglesias de Provenza, que los santos misioneros se dirigieron primeramente á Arlés, donde ya habia muchos cristianos bautizados por san Trofimo; y que, habiéndose detenido san Dionisio algun tiempo para cultivar aquella iglesia, como lo hizo con mucho fruto, llamándole á provincias mas distantes el espíritu de Dios, consagró por obispo de Arlés á san Rieul, y él con los demás compañeros se encaminó á Paris para anunciar el Evangelio.

Luego que entró en aquella ciudad, fundada entonces en una isla que forma el rio Sena, y hoy se llama la isla de Palacio, se vió cercado de un inmenso gentío, y habiendo recibido el don de lenguas, como se debe creer, que era tan comun á los hombres apostólicos, habló á aquella muchedumbre con tan divina elocuencia sobre la risible vanidad de sus mentidas deidades, haciéndoles palpable la quimérica imposibilidad de muchos dioses; mostró con tanta energia la necesidad de creer que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, y que este no podia ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios; en fin, explicó con tanta elevacion, y al mismo tiempo con tanta claridad, asi las verdades mas esenciales, como la santidad de nuestra religion, que en el mismo acto muchos de sus oyentes le pidieron el bautismo. A vista de un suceso tan pronto como feliz, se encendió mas y mas el zelo del nuevo apóstol, venerándole ya todos como á un hombre bajado del cielo; y los milagros que obraba cada dia en beneficio de un pueblo tan dócil á las verdades de la fe, le hacia por puntos mas y mas cristiano y mas sediento de las sagradas purísimas aguas del Evangelio. Desde luego se eri-

gieron diferentes oratorios, siendo tradicion, tan respetable por su antigüedad, como por la autoridad de los grandes hombres que la adoptaron, que el primero de estos oratorios ó de estas iglesias la dedicó san Dionisio á la santísima Trinidad, y que estaba en el mismo sitio donde se ve al presente la iglesia de San Benito, leyéndose aun el día de hoy en una vidriera de la capilla de san Dionisio estas palabras: *In hoc sacello sanctus Dionisius cepit invocare nomen sanctissimæ Trinitatis*: en esta capilla dió principio san Dionisio á invocar el nombre de la santísima Trinidad. El segundo oratorio le dedicó á Dios el mismo santo en honor de la santísima Virgen; y es la iglesia que despues se llamó *de Nuestra Señora de los Campos*, donde esta hoy el convento de los padres carmelitas. El tercero se dedicó á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y el cuarto á san Estéban.

Dicese que el primero que recibió el bautismo de mano de san Dionisio fué uno de los mas ilustres caballeros de Paris llamado Lisbio, á quien la gran casa de Montmorency reconoce por tronco de su familia; por cuya razon, tomó en las batallas por grito de acometer estas palabras: *Ayude Dios al primer cristiano*.

A vista de tantas y tan ruidosas conquistas como hacia diariamente nuestro santo, necesariamente se habia de consternar el ánimo de los paganos, particularmente el de los sacerdotes de los ídolos, que, á su pesar y tan á costa suya, estaban viendo erigirse la religion cristiana sobre las ruinas del gentilismo. No menos conturbados que interiormente enfurecidos, acudieron á echarse á los piés de Fescenino Sisino, gobernador de las Galias por el emperador, y le representaron que unos extranjeros venidos allá de los retirados rincones de la Grecia, tenían tan trastornado el espíritu del ciego vulgo y del ignorante pueblo por medio de sus acostumbrados hechizos y fami-

liares encantamientos, que en gran desprecio de los dioses inmortales todos se hacian cristianos. Lamentáronse de que los templos estaban desiertos y los sacrificios abolidos, protestándole que, si no se aplicaba pronto y eficaz remedio con ejemplar suplicio de las cabezas de aquella sacrilega sedicion, muy en breve veria el mismo gobernador exterminado de Paris el culto de los dioses del imperio. Turbóse Fescenino al oír tan graves quejas, y mandó que fuesen arrestados los jefes ó las cabezas de los cristianos. No habia cosa mas fácil que dar luego con ellos, y asi fueron inmediatamente presos san Dionisio, Lisbio en cuya casa estaba hospedado el santo, Rústico y Eleuterio. Lleváronlos á presencia del gobernador, y cuando estaban en su tribunal, entró en él Larcia, mujer de Lisbio, y tan furiosamente idólatra, que, rabiosa contra el apóstol y contra su mismo marido, mas con ademanes de furia que de mujer, comenzó á acusar á Lisbio, que con sus mismas manos habia hecho pedazos todos los ídolos. Procuró Fescenino pervertir á aquel cristiano caballero con ruegos, con promesas y con amenazas; pero viendo su invencible constancia, mandó que allí mismo le cortasen la cabeza á vista de su mujer; y haciendo despues todo cuanto pudo para intimidar á Dionisio y á sus compañeros, dió orden de que todos fuesen encerrados en los calabozos de cierta prision inmediata, que se llama la cárcel del Glauco, y con el tiempo se convirtió en una iglesia intitulada *San Dionisio de la Cárcel*, donde no estuvieron meramente asegurados, sino atormentados cruelmente con el peso de gruesas piedras que cargaban sobre sus cuerpos.

Pasados algunos dias, mandó el tirano que los trajesen á su tribunal, y les preguntó con arrogancia si aquel primer ensayo los habia hecho cuerdos, ó si eran tan locos, que quisiesen acabar la vida con los

mas desapiadados tormentos. Respondió san Dionisio, á nombre de todos, que ni los tormentos mas horribles, ni la misma muerte serian capaces de contrastar la constancia de su fe, puesto que era su vida el mismo Jesucristo por quien deseaban morir, teniéndose por dichosos si lograban derramar su sangre á gloria de su Salvador y de su Dios. La réplica del juez á esta generosa respuesta fué una espesa lluvia de azotes con ramales armados de puntas de acero, que despedazaron, hasta descubrirse las entrañas, los cuerpos de los santos mártires. Era espectáculo digno de la atencion de los ángeles ver á un venerable anciano con mas de ciento y seis años (no contaba menos san Dionisio) cantar incesantemente las alabanzas del Señor, con semblante alegre y risueño, en medio de aquella horrorosa carnicería.

Asombrado el tirano de tan magnánima firmeza, los mandó llevar otra vez á la cárcel, de donde presto los volvieron á sacar para atormentarlos con mayores suplicios. Apenas se podia imaginar cómo era posible que resistiese á tanta barbaridad un viejo de mas de cien años. Extendieronle sobre el potro, renovaronle todas las llagas con garfios de acero; y tendiéndole despues sobre cierta especie de parrillas, le fueron como asando á fuégo lento, sin que en todos estos tormentos le pudiesen arrancar ni una sola queja ni un solo suspiro. Es verdad que cada tormento iba acompañado de un prodigio. Arrofaronle despues en un horno encendido, donde renovó Dios el milagro de los niños que respiraban refrigerio en medio de las llamas. Sacaronle del horno para amarrarle á una cruz que el santo convirtió en cátedra de la verdad, predicando al pueblo desde ella la santidad de nuestra religion, el mérito de los trabajos y la loca impiedad del gentilismo. Aturdió á los paganos tanto número de maravillas; y mas aturrido que todos el

tirano, hizo que tercera vez le restituyesen á la cárcel, adonde concurrieron los fieles de todas partes, y se asegura que, para fortalecerlos en la fe, celebró el santo pastor el divino sacrificio, y á todos dió la comunión.

El dia siguiente 9 de octubre del año 117 pronunció sentencia el tirano de que Dionisio y sus compañeros fuesen degollados, lo que se ejecutó en el mismo dia. Hizose despues una horrible carnicería en los cristianos; y se dice que, entre estos, Larcia, mujer del santo mártir Lisbio, convertida por las oraciones y por los milagros de san Dionisio, logró la dicha de merecer la corona del martirio.

Es tradicion tan antigua como la muerte de nuestro santo, que, despues de degollado, se puso en pie por sí mismo el cuerpo de san Dionisio, tomó su cabeza en las manos, y la llevó al lugar donde está hoy la célebre poblacion y monasterio de su nombre, á dos leguas de París, cuyo portento acabó de convertir á todo el pueblo. Añádese que, acudiendo al ruido de este prodigio una santa mujer, llamaba Catula, á quien el santo habia convertido, este se fué derecho á ella, púsole en las manos su cabeza, y cayó el cuerpo en tierra, dejándola depositaria de sus preciosas reliquias. Apoderada de tan inestimable tesoro, le guardó y le escondió con el mayor cuidado mientras duró aquella violenta persecucion; y no contenta con eso, tuvo arte para lograr á precio de dinero los cuerpos de sus dos compañeros Rustico y Eleuterio. Noticioso san Rieul del martirio de nuestros santos, se sintió inspirado de Dios para buscar sus reliquias; y encargando el cuidado de su iglesia de Aries al obispo Felicísimo, que habia ido á visitarle, partió á París, acompañado de algunos presbiteros suyos. Con las noticias que allí le dieron, se encaminó á la aldea de Charouil, donde encontró á la piadosa matrona Catula, y consagró en honor de san Dionisio y sus compañeros una

capilla de madera, que aquella virtuosa señora había erigido sobre el sepulcro de los santos. Mas de trescientos años despues, santa Genoveva, devotísima de san Dionisio, erigió otra capilla de piedra mucho mas capaz, donde, pasados otros doscientos años, el rey Dagoberto fundó aquel célebre monasterio de San Dionisio, y aquella suntuosísima iglesia que los reyes de Francia escogieron para su sepultura.

No se ignora que algunos sabios criticos de estos últimos tiempos quieren disputar al reino de Francia la gloria de haber merecido á san Dionisio Areopagita por uno de sus primeros apóstoles; pero se juzgó mas seguro seguir el parecer del martirologio, y aun el de la misma Iglesia romana, pareciendo que la critica del tiempo debiera ceder á la tradicion de mas de mil y doscientos años, y á la autoridad del sabio Hincmaro, arzobispo de Reims, de Fortunato, obispo de Poitiers, de Eugenio II, arzobispo de Toledo, del venerable Beda, de todos los hombres grandes que florecieron en los ocho últimos siglos, del mismo concilio de Paris, y en fin, del unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, como lo observa el sabio cardenal Baronio en las anotaciones al martirologio romano.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Paris, la fiesta de san Dionisio el Areopagita, obispo, san Rústico, presbítero, y san Eleuterio, diácono, mártires. Dionisio, habiendo sido bautizado por el apóstol san Pablo, fué ordenado de primer obispo de Atenas. Habiendo ido con el tiempo á Roma, fué enviado á las Galias por el papa san Clemente á predicar el Evangelio. Llegado allí, desempeñó durante muchos años con fidelidad el cargo que se le había confiado, y consumó al fin su martirio, despues de haber sufrido, por orden del prefecto Fescenino, di-

ferentes especies de horribles tormentos, siendo decapitado con sus compañeros.

En dicho dia, la conmemoracion de san Abrahan, patriarca, padre de todos los creyentes.

En Borgo San Donnino, en el Parmesado en la via Claudia, san Donnino, mártir bajo el emperador Maximiano, que, huyendo de la rabia de la persecucion, fué acuchillado por los que le perseguian, y murió gloriosamente.

En el Monte Casino, san Deusdedit, abad, que murió de hambre y de trabajos en la cárcel donde le aherrojó el tirano Sicardo.

En Hainaut, san Guilein, obispo y confesor, que, habiendo abdicado el obispado, profesó la vida monástica en el monasterio edificado por él, sobresaliendo en todas las virtudes.

En Jerusalem, san Andrónico y santa Atanasia, su mujer.

En Antioquia, santa Publia, abadesa, la cual, pasando Juliano Apóstata, se puso á cantar con sus religiosas estas palabras de David: « Los ídolos de las naciones no son mas que oro y plata; háganse semejantes á ellos cuantos los fabrican. » Al punto mandó el tirano que la diesen de bofetones, despues de haberla reprendido agriamente.

En Bigorra, san Sabino de Lavedan, confesor.

Cerca de Cambrai, Santa Ola, virgen.

En Orleans, santa Austregilda, madre de san Leu, cuyas reliquias están en San Añan.

En Metz, san Arnalto, obispo.

En dicho dia, el venerable Thifroy, obispo de Amiens, antes abad de Corbia, adonde santa Batilda le había hecho venir del monasterio de Luxeu, gobernado por entonces por san Gauberto, sucesor de san Eustasio.

En Anschin en Hainaut, el bienaventurado Gosvino, abad de dicho lugar.